

CAPITULO XII

EL GOLPE DE ESTADO

I

Para nadie era un misterio que el general Comonfort se ponía del lado de la reacción, asustado de su obra.

El partido liberal estaba profundamente inquieto; ni la presencia de Juárez en el Ministerio, lo tranquilizaba.

Allá en la segunda pieza del «Café del Infiernito», pieza semioscura, con sus mesas destartaladas, se agrupaban los estudiantes, tomando sendas tazas de café y hablando de la situación.

Manuel estaba sombrío; Mario y Armando desesperados.

Manuel decía:

—No crean, señores, ese hombre ha pasado a la Iglesia con armas y bagajes; nos obliga otra vez a la revolución.

—Volveremos a las andadas, ¡demonio! Y eso cuando ya íbamos a estar tranquilos; pero al señor Comonfort le asustan los escándalos de las beatas, no ha corrido delante del ejército de Santa Ana y lo pone en fuga la Guardia del Santísimo Sacramento.

—Es imposible—decía Manuel—que muchos hombres del partido liberal griten a voz en cuello que es mala la Constitución; ya se ha hecho un estribillo, cuando es la obra más bien pensada.

—¿Y tú crees en los rumores de dictadura?—dijo Mario.

—Creo en todo—respondió Manuel—; afortunadamente tenemos un buen paracaídas, el señor Juárez, que es el vicepresidente.

—Pero está el Ministerio y se complicará con la situación.

—No lo creas; lo han llamado de mala fe, para tenerlo entre sus garras, y él lo sabe perfectamente; pero le importa estar cerca de los acontecimientos.

—Ese indio vale un Potosí—dijo Armando—; ya verás como saca las uñas.

—Los reaccionarios están muy insolentes.

—Como que presienten su triunfo.

—Será momentáneo—dijo Manuel—; yo tengo fe en nuestra causa, que es la del pueblo y de la libertad.

—Nada importa—observó Armando—; entraremos en campaña y adelante.

Entró «Juan Gallinazo» muy agitado.

—Siéntate, hombre; parece que te siguen, según lo violento que llegas.

—¡Caracoles! La cosa no es para menos.

—Siéntate. ¿Tomas café?

—Ya lo he tomado, y de primera. ¿Estamos solos?

—Sí—dijo Manuel—, y desembucha.

—Pues voy a contar lo que pasa, que es muy grave. Todos se pusieron alerta.

—Ya saben que yo soy el conducto del general Alvarez para con el Gobierno.

Recibí hace una hora un paquete con comunicaciones, y como estamos tan alarmados, lo abrí.

—¡Demonio! Violación de correspondencia—dijo Armando.

—No importa; abrí los pliegos, y ¿qué piensan que he descubierto?

—¿Qué cosa?—preguntaron los estudiantes.

—¡Una infamia horrible! Figúrense que se ha invitado al general Alvarez para que se pronuncie por la dictadura de Comonfort, cuyo movimiento va a estallar en México.

—¿Pero es verdad?—gritó Manuel.

—Tan verdad, que aquí traigo la protesta del general Alvarez; ya saben ustedes que los surianos somos leales. ¿Cómo el caudillo de la revolución había de traicionar al país? ¡Imposible!

—Lo decía—exclamó Mario—, aquí hay una conspiración espantosa, es necesario estar prevenidos, porque estos miserables nos ahorcan.

—Estamos entre traidores.

—Pero esto no tiene remedio; la cobardía domina, ésta es una conquista de clérigos, ayer mismo el Presidente ha mandado decir una misa a la Virgen de Guadalupe, en el oratorio de palacio, y la ha oído de rodillas.

—Es imposible que un hombre así, se ponga al lado del movimiento de la reforma.

—Los «moderados» han echado a rodar la situación.

—¿Y qué hacemos nosotros?—preguntó Mario.

—¡Nos vamos con los que defienden la Constitución—contestó Manuel—, y si es preciso morir, moriremos!

—Muy bien—gritó Armando.

—Estamos listos—contestó Mario.

—Entonces a otra cosa—dijo «Juan Gallinazo»—: mi estancuillera está decidida a marchar conmigo, es una heroína: ya la enseñé a manejar las armas, y monta perfectamente; será mi compañera.

—Pues, amigo mío—dijo Armando—, yo no sé todavía dónde está Rosa, ni me dejó dicho dónde iba; sólo sé que se marchó y nada más; pero estoy cierto que sabré su paradero.

—Y tú, Manuel, despierta y toma esta carta que te dejaron en el hotel.

Manuel tomó la carta, era de Eva, que lo citaba para la noche.

—Nuestras avecillas volaron del nido conventual y están de regreso a la casa paterna, ¡pobrecillas!

—La muerte del padre las tiene afligidas.

—Por ahora—dijo «Juan Gallinazo»—, y mientras llega la

noche, vamos al Congreso; me dicen que hay grandes novedades.

— En marcha—dijo Manuel, y todos se dirigieron al palacio.

II

El general Comonfort celebraba una junta con sus ministros, excepto Juárez, y algunos personajes notables de la situación, entre ellos el general Doblado.

— Desearía saber la opinión de ustedes sobre la dictadura—dijo Comonfort.

El ministro Payno tomó la palabra:

— Las resistencias unánimes a la Constitución, la alarma social, la opinión del pueblo y del ejército y nuestras mismas convicciones, nos dicen que no se puede gobernar con la Constitución; pero como no hemos de entregar la situación en manos de los reaccionarios, tenemos que optar por la dictadura del general Comonfort.

— Yo soy enemigo de los frailes—dijo Baz—; no quiero que haya conventos, ni fueros, ni que los bienes estén en poder del clero; pero la Constitución me parece impracticable, opto por un período de dictadura.

Zuloaga, el general que sin combatir se había entregado en el Sur, y que su «compadre» Comonfort tenía al mando de la mejor brigada, dijo:

— Mis soldados están descontentos, porque no se los entienda en sagrado a los del ejército; porque ya les han negado los sacramentos, y porque oyen diariamente hablar contra la Constitución; la verdad es que no cuento con la tropa; la noche menos pensada, cediendo a las instigaciones de los revolucionarios, tenemos un conflicto; yo opto por la dictadura.

El general Doblado tomó la palabra, y habló con tono solemne e inspirado:

— Estoy en contra de todo lo que he oído y declaro que condeno esa política por irreflexiva.

La dictadura es un retroceso, la Constitución como toda obra humana podrá tener deficiencias; pero ella es la promesa realizada de la revolución.

Prescindir de la carta, es arrojar en brazos de la reacción; es naufragar; más aún, es traicionar a la nación.

Señor Presidente, esa dictadura no durará veinticuatro horas.

Yo me voy, sé ya todo lo que viene y dejo a usted obrar como le plazca; pero yo conjuro a usted, en nombre de la sangre derramada con tanta abnegación, a que medite usted el paso que va dar, porque es la perdición de usted, el eclipse de su fama y de su nombre, y la ruina del país.

Doblado dejó ese mismo día la capital.

Todos quedaron confusos.

— Que llamen a Juárez—dijo Comonfort.

Se presentó como siempre, adusto, severo, el señor Juárez, y tomó asiento.

El Presidente dijo un poco cortado:

— Quería comunicar a usted hace días, que estoy decidido a cambiar de política, porque la marcha del gobierno se hace cada día más difícil, por no decir imposible; los hombres de algún valor se van alejando del palacio, los recursos se agotan, y yo no sé qué va a ser del país, si no procuramos todos que las cosas vayan mejor.

A la revolución física no temo, la afrontaré como hasta aquí; pero la revolución moral exige otra clase de medidas, que no son las armas y la fuerza.

— Alguna cosa sabía yo—contestó Juárez con mucha calma; pero, supuesto que nada se me había dicho, yo tampoco quería hablar una palabra.

— Pues bien—replicó el Presidente—; ahora se lo digo a usted todo: es necesario que cambiemos de política y yo desearía que usted tomara parte y me acompañara.

— De veras—le contestó Juárez, tranquilamente y como si se tratara de la cosa más llana del mundo—; de veras, le deseo a usted un buen éxito y muchas felicidades en el camino que va usted a emprender; pero yo no acompaño a usted en él.

El señor Juárez abandonó el Ministerio y se preparó para la revolución. Desde aquel momento, ya era el Presidente constitucional de la República.

Puestos de acuerdo Comonfort y los ministros en el movimiento de la dictadura, se dirigieron comisionados para todos los Estados, pidiendo secundaran la política del Presidente.

III

Juan José Baz estaba arrepentido de haber tomado parte en aquel complot; riñó con el general Comonfort y se puso al lado de los liberales.

Era el 16 de diciembre, última sesión probable del primer congreso constitucional.

La gente había acudido a las galerías cuando Baz subió a la tribuna.

Reinaba un gran silencio.

— Señores diputados, vengo a denunciaros una conspiración que estallar dentro de breves horas: el general Comonfort da un «golpe de estado»; mañana ya no se reunirá esta asamblea; tomad las medidas urgentes que creáis oportunas, porque estáis en los últimos momentos de vuestra existencia política.

Aquella revelación fué una gran sorpresa para el público y para la cámara.

Se sucedió el desorden más completo.

El secretario dió cuenta de una comunicación del ministro Payno, acusado ante el Gran Jurado, de conspirar contra la Constitución y propalar el movimiento dictatorial.

He aquí la comunicación:

«Con los datos que tenga la sección del Gran Jurado, puede proceder como lo estime en justicia, manifestándole que yo solo soy el único responsable, y que ni una palabra más tengo que contestar a la sección.»

Este era un reto, no sólo a la asamblea, sino a la República, y sólo podía tirarse, cuando una situación estuviera hecha y un plan resuelto y preconcebido.

Fué tal la impresión que causaron estos dos sucesos, que el Presidente de la Cámara levantó la sesión pública para entrar en secreta extraordinaria.

El Congreso comprendió que la situación estaba perdida.

IV

Llegó la noche; mientras Manuel acudía a su cita, «Juan Gallinazo», Mario y Armando, tomaban una carretela en la Plaza de Armas, para dirigirse a Tacubaya; no había ferrocarriles.

Azorados estaban los estudiantes con lo que habían oído en la Cámara, pero no creían en el pronunciamiento, y menos en esa misma noche.

Caminaba lentamente el carruaje entre los árboles que parecían fantasmas de las tinieblas.

El cielo estaba claro; era un cielo de invierno cuajado de estrellas que resplandecían con profunda intensidad.

Ni una nube se levantaba en los confines del horizonte.

Soplaba un viento helado, cortante.

En la carretela venía un español; porque esos carruajes se tomaban por asiento.

Atravesaron frente al bosque de Chapultepec, que no tenía esas linternas de luz eléctrica que lo hacen tan bello; era una masa informe de sombras que arrojaban un rumor sordo y soñoliento.

Atravesaban la calzada que metía entre Chapultepec y la Condesa, cuando un hombre salió de entre los magueyes gritando:

— Señores, están robando al ministro inglés.

Los cuatro pasajeros se arrojaron del carruaje para dar socorro al ministro; pero ninguno llevaba armas.

Nada de extraño tenía en aquellos tiempos que hubiera un asalto en cuadrilla, en las orillas de la capital; todo lo tenían infestado las bandas de malhechores.

Luego que los ladrones vieron venir a aquel grupo, arremetieron con valor, disparándole las escopetas.

Los estudiantes corrieron.



Ella levantó la cabeza y buscó con sus labios los de Manuel.

(Pág. 149)

—Yo no doy dado—dijo «Juan Gallinazo», y se tiró al pescante azuzando a los caballos.

El español gritaba:

—¡No me dejen! ¡No me dejen!

Se detuvo la carretela y entró jadeante el pasajero.

—¡Demonio!—dijo al entrar—Traigo quinientas onzas para la «partida» y muchas alhajas para la rifa.

—Hubiera sido una ganga para los ladrones—dijo «Juan Gallinazo».— Ahora, que desalojen al gringo, nos tiene sin cuidado.

A poco andar llegaron a la Hacienda de la Condesa.

Avisaron del asalto, y salió una pequeña fuerza, que también la pusieron en fuga los bandoleros.

V

Los estudiantes estaban en un baile que se daba en Cartagena; era la primera noche de «posadas».

Las jóvenes de entonces, ni eran tan hermosas ni tan elegantes como ahora.

Sencillas, de bellos colores, sonrisa tímida, modales encogidos, miradas cándidas y por lo bajo muy picarescas; pero siempre encantadoras.

Se suprimió el canto de la «letanía», que es de ordenanza en las «posadas»; no se pudo pecar contra la Constitución; allí todos eran herejes, es decir, liberales.

Entusiasta estaba la reunión, los estudiantes bailaban y enamoraban sin compasión; eran la vida del baile.

—Niñas—gritaba «Juan Gallinazo», es necesario tener algo de que confesarse; ¿qué dirá el padrecito si no tienen un chiñmito que contarle?

Todos se reían de las ocurrencias de Juan, que estaba hecho unas pascuas.

—¡Me he escapado de los ladrones—gritaba Mario—, pero no puedo huir de las miradas de estas muchachas!

—¡Yo estoy ya prisionero!—gritaba Armando, moviéndose como un péndulo en una danza habanera.

Las jóvenes estaban contentísimas, y la reunión muy animada.

¡Licor y belleza y juventud, y las corrientes de la fantasía! Comunicarse, reír, hablar, decirse flores y ternuras, confundirse con los goces puros de la juventud, ésa es la vida, el iris que cubre los plácidos horizontes de la edad.

El fanatismo, la hipocresía, el silencio, se han hecho para las almas sordas y ciegas que viven entre las sombras.

¡Y pensar que aquella juventud valerosa tendría que sacrificarse en aras de la más injusta de las revoluciones!

VI

El baile estaba en todo su esplendor, cuando se acercó un oficial, y con el mayor disimulo tocó el hombro de «Juan Gallinazo» y le hizo una seña de que lo siguiera.

—Malo—murmuró Juan—; tenemos novedad.

Concluyó de bailar y salió en busca de Pedro, aquel estudiante perdulario que estaba de mozo en el bodegón de Puebla y reveló la conspiración de Uruga.

—¿Qué pasa, Pedro?

—Mucho; que la brigada Zuloaga se ha pronunciado, mira el plan.

Juan pasó una rápida ojeada.

—¡El plan de la dictadura!—exclamó con rabia, y estrujó el papel entre sus manos.

—Es necesario que nos vayamos, yo no vuelvo al cuartel ni entro en este mamotreto; yo soy fronterizo y hombre.

Vámonos; porque hay orden de aprehenderlos.

Entró Juan a la sala, les hizo seña a sus amigos, salieron, les refirió en pocas palabras el suceso, y los cuatro tomaron a pie el camino de la capital.

Extrañóse en el baile su presencia; porque terminó el alboroto.

Hubo cuchicheos y palabras sueltas; por fin, se supo que el Presidente Ignacio Comonfort había dado el golpe de Estado y que la brigada Zuloaga se había pronunciado en los cuarteles de Tacubaya.

VII

Manuel estaba puntual a la cita.

Eva se asomó al balcón, y le hizo señas de que entrase. Subió la escalera, en cuyo dintel lo esperaba la novia.

El corredor estaba tapizado de mármol y había un bosque de plantas en tibores chinos, perfumando el aire con sus espléndidas emanaciones.

Las flores se distinguían a la luz vagarosa de las estrellas. Era invierno y parecía una primavera.

Manuel siguió a Eva cautelosamente y entró en la sala, apagándose en la alfombra mullida el ruido de sus pasos.

Aquella era una estancia elegantísima: las cortinas caían con sus grandes flecos sobre las muselinas; las lunas venecianas se destacaban sobre el tapiz oro y rojo de los lienzos de pared; había estatuas pequeñas de bronce, colocadas artísticamente, búcaros con plantas de sombra y los muebles al color de la tapicería.

Era un refinamiento que Manuel no había sospechado.

Ardía en el extremo de la sala una lámpara cubierta con un precioso velador azul, dando una luz melancólica de luna en su trayecto para la llena.

—¡Aquí, a mi lado—le dijo Eva—; hace tanto tiempo que no eslamos así!

Manuel contemplaba la belleza incomparable de aquella mujer.

Su hermosa cabeza se destacaba soberbia, sobre aquel cuello envuelto en encajes de Bruselas que se estremecían a los latidos del corazón.

Posó Eva su pequeñísimo pie sobre un banco, de raso azul bordado con flores chinas y con sus manos perfumadas, suaves y delicadas, oprimió la tosca mano del estudiante, que fijo en sus ojos resplandecientes, no acertaba a decir una palabra.

—No temas—dijo Eva, reclinando su cabeza en el seno de Manuel—, mamá está enferma y duerme en estos momentos.

—Pero esto es un sueño—exclamó Manuel.

—Sí, pero un sueño de inmensa felicidad—exclamó Eva.

—¡Pero yo debo estar arrodillado delante de ti—dijo el estudiante—; mi pasado huye como sombra, tú absorbes mi existencia entera, nunca he sentido amarte tanto como esta noche!

—¡Pobrecito!—murmuró Eva.

—Tú eres el encanto de mi existencia. ¿Qué fuera de mí, sin tu amor? Una rama arrancada del árbol y azotada por los huracanes; una ola perdida en la inmensidad del Océano. ¡Eva, Eva, no dejes de amarme, porque me moriría de dolor y de desesperación!

—No temas, confía en mí. Una sola vez se ama en la vida; después todo es ilusión de un día, que pasa como una nube que se pierde en el horizonte, y yo amo por la primera vez y será la última, porque tú te llevas el aliento de mi vida.

—Gracias, Eva; mi sangre toda por una sola de tus palabras.

Manuel besó respetuosamente la frente de la joven.

—Pero, ¿sabes, Manuel, que estoy inquieta?

—No me hables, yo tengo una sombra sobre mi corazón, presentimientos horribles, sueños siniestros con que batallo. Sólo tu amor me aparece como una estrella en el horizonte oscuro de mi cerebro.

—Oyeme con calma, porque en ello va nuestro porvenir. Pero antes dime otra vez que me amas.

—Sí; te amo con todo mi corazón.

Manuel estaba fascinado por el talento de aquella mujer.

Eva continuó:

—Esta tarde han pasado dos cosas que me tienen preocupada.

El estudiante fijó una tenaz mirada en los ojos de Eva.

—Pues bien, intempestivamente se presentó en casa el coronel Altúnez.

—¿Y qué quería ese hombre?

—Una tontería, una locura; venía a pedir mi mano.

— ¡Miserable!—exclamó Manuel.

— Mamá tranquilamente me llamó y me dijo:

— Este caballero solicita tu mano.

Yo me quedé aturdida por la osadía de aquel hombre a quien instintivamente aborrezco, le tengo horror, no me siento bien en su presencia.

— Caballero—le dije—, no tengo la voluntad de casarme, y me extraña que tenga usted esta pretensión, sin haber antecedente alguno.

— El respeto que usted me inspira y las consideraciones que guardo a una familia que ha sido mi protectora, me obligan a ser franco desde el primer momento.

— Para casarse con un hombre se le debe amar primeramente, y yo no amo a usted ni mucho menos.

— Es que usted abriga una ilusión, fugaz como todas; está usted impresionada; pero todo se borra con una nueva vida.

— Caballero, omita usted todo eso, estoy contrariada y ya nada quiero oír.

— Permita usted. ¿Qué porvenir le ofrece un estudiante que ha abandonado su carrera para meterse en revueltas y en motines asquerosos?

Yo me puse en pie.

— Caballero, ruego a usted que deje esta conversación. Si usted sabe que me disgusta, ni es atento ni es galante decir frases que ofendan a una dama y menos en su presencia.

Abandoné la sala y me retiré, no sin sentir que se desprendía de sus ojos una mirada preñada de rencor y horriblemente siniestra.

— Yo me tengo que encontrar con ese hombre—dijo con voz ronca Manuel.

— Ayer—continuó Eva—vinieron los clérigos amigos de mamá, y tuvieron una larga entrevista.

Yo me puse a escuchar y no percibía sino de cuando en cuando tu nombre.

Me llamaron al terminar su conferencia.

Yo, asustada, no sé qué me decía el corazón.

— Eva—me dijo mamá—, ayer solicitó tu mano el coronel Altúnez, y te rehusaste.

— Es un soldado ordinario y soez que me insultaba sólo con su presencia.

— Hiciste bien; me disgusta ese hombre. Pero creo que indicó la verdad, que tú te rehusabas porque insistes en esas relaciones con ese estudiante.

— Entre otras razones—contesté—, ésa es la primera.

— Pues bien, he consultado con los señores sacerdotes y son de opinión que permita tu casamiento con Manuel.

Yo me quedé aterrada.

— No dude usted, señorita Eva—dijo un clérigo—; nosotros hemos aconsejado no quebrantar una voluntad tan manifies-

ta; además, el señor Rentería, que de paz goce, estaba inclinado a esta unión.

— ¡Mi buen padre!—exclamé; y, sin poder contenerme, comencé a llorar amargamente. Recordé su muerte en la portería del convento, la alegría que tuvo al vernos; acaso la emoción lo había matado.

Mi mamá también se puso a llorar.

Los clérigos permanecían callados.

Después de unos minutos de silencio, mamá volvió a tomar la palabra.

— ¿Estás conforme, hija mía?; di. Pero Manuel no puede casarse aún, está para recibirse de abogado, por ahora no tiene recursos.

— Sí, los tiene—dijo un clérigo—, recibirá usted su herencia que asciende a cuatrocientos mil pesos; me parece suficiente.

— Manuel se rehusaría.

— Lo arreglaremos todo: usted quedará en su casa, mientras él va a esas correrías revolucionarias, que nosotros no aprobamos, volverá y establecerá su bufete, y tanto usted como él, quedarán tranquilos.

— Hija mía—dijo la señora—, dentro de un mes puedes decirle que venga a esta casa donde se celebrará el matrimonio.

Los clérigos se despidieron.

No sé qué de extraño noté en sus semblantes.

Manuel, hay algo en todo esto que yo no comprendo.

Algo terrible esconden, aquí hay una intriga de jesuitas.

Pero, ¿cómo descubrirla?

— El tiempo lo dirá, Eva.

— Y nosotros, ¿qué resolución tomamos?

— Oyeme: yo no puedo aceptar tu dinero mientras con mi propio esfuerzo no pueda sostenerte, tú ya lo habías comprendido; pero tengo a mis padres, Eva, son unos ángeles, y ellos te recibirán en mi pobre hogar como a una hija; allí viviremos mientras se realiza mi porvenir; tú guardarás tu herencia que yo no tocaré nunca. ¿Lo oyes? ¡Nunca!

— Bien; yo estoy dispuesta a todo; tus padres serán los míos, viviré pobre, y ésa será mi gran satisfacción; tal vez porque sé que soy rica, pero no importa, yo acepto todo delante de nuestro amor.

— ¡Eva, no tengo con qué pagarte tanta generosidad, sino amándote hasta morir!

— Entonces, Manuel, dentro de un mes, aquí nos casaremos y juntos prevendremos todos los peligros.

— Aquí, ¡dentro de un mes! Verán si sabemos luchar con el destino.

— Yo estoy a tu lado.

— Tú eres mi ángel bueno, y yo te amo con adoración!

Manuel estrechó a su corazón a aquella criatura.

Ella levantó la cabeza y buscó con sus labios los de Manuel.